

# Claudio Abbado

(1933-2014)

por Iván López Reynoso



Foto: Kassara/DG

Resulta complicado tratar de resumir en una página una vida entera dedicada a la música, la pedagogía, el arte y la humanidad misma. Trascender es la constante búsqueda en la vida de todo ser humano, y Claudio Abbado sin duda lo ha logrado.

Nacido en Milán en el seno de una familia de músicos, desde joven ingresó al Conservatorio de su ciudad natal para estudiar piano con su padre y bajo la guía del gran director italiano Carlo Maria Giulini. Posteriormente, se mudó a Viena para continuar sus estudios de dirección de orquesta con el maestro Hans Swarowski.

Con el apadrinamiento de Herbert von Karajan, dirigió en 1965 la *Segunda sinfonía* de Gustav Mahler con la Filarmónica de Viena en el Festival de Salzburgo, acontecimiento que fue el parteaguas de su carrera y de su reconocimiento internacional. Desde entonces, su carrera sería solamente de éxito, rodeándose de extraordinarios colegas que acompañarían sus pasos durante varios años, como lo fueron Marta Argerich, Teresa Berganza y Plácido Domingo, entre muchos otros.

Como director musical del Teatro alla Scala (1968-1986) y posteriormente de la Ópera Estatal de Viena (1986-1991) dio un giro al repertorio y a la manera de tocarlo. No solamente creó una nueva vertiente interpretativa sobre las óperas de Rossini y Verdi, de las que se convirtió en el máximo representante, sino que también trascendieron sus interpretaciones de la música del siglo

XX de compositores como Berg, Schoenberg, Nono y Webern, argumentando que la historia de la música no terminaba en Puccini.

Director artístico de importantes orquestas como la Sinfónica de Londres (1979-1987) y la Filarmónica de Berlín (1990-2002), alcanzó junto con ellas niveles musicales inimaginables y superlativos, pues su constante objetivo era lograr que los músicos de orquesta tocaran siempre pendientes el uno del otro. Su trabajo con coros y cantantes en el montaje del repertorio vocal estuvo siempre de la mano con su trabajo orquestal, y en sus múltiples grabaciones constatamos el enorme cuidado con el que maneja la articulación, los colores y la interpretación.

Obras como *La consagración de la primavera* de Stravinsky, las sinfonías de Beethoven o las de Mahler alcanzaron un nivel espiritual y emotivo tal, que resulta siempre novedoso escucharlas. Al diagnosticarse con cáncer de estómago en el año 2000, sus últimas presentaciones con la Filarmónica de Berlín, entre las que se encontró el *Requiem* de Verdi, parecían su propio adiós. Pero su amor a la música, al arte y a la juventud lo llevaron a emprender otros 13 años de incansable labor a favor de los nuevos talentos. Apadrinó a grandes directores como Daniel Harding y Gustavo Dudamel, así como a proyectos admirables como "El Sistema" venezolano, la Orquesta Mozart, la Orquesta de cámara Mahler y la orquesta del Festival de Lucerna.

Una etapa espiritual y de enorme contemplación abrazó los últimos años de la vida del maestro, quien insistía a los músicos que solamente le llamaran Claudio. Su involuntario concierto de despedida de los escenarios lo hizo con dos obras inacabadas por la muerte de sus compositores: la *Sinfonía inconclusa* de Schubert y la *Novena sinfonía* de Bruckner. Quedan una enorme cantidad de registros discográficos y de video de sus magistrales interpretaciones. No sólo es él: es toda una época la que se va, como diría Teresa Berganza en una reciente entrevista. Dejó pendientes proyectos muy interesantes como la integral de Brahms con el Festival de Lucerna, pero también nos dejó un legado artístico y espiritual que va más allá de los tiempos y las fronteras. *A presto*, maestro Abbado. ●